

Pesadillas I. Estatuas

Aura Mercedes Benítez López

Pesadillas I. Estatuas

Aura Mercedes Benítez López

Pesadillas I: Estatuas- Merau Darsae

<<A ver Nayim, piensa. Es una simple regla nemotécnica. Al menos eso creo. De acuerdo, si se trata de un medio ácido, en la oxidación pones el agua...el agua la pones...el agua... ¿Por qué tendría que haber dicho nada de líquido?>>, y así fue como di por perdido mi intento de estudiar durante dos horas seguidas en la tranquilidad de la biblioteca general para tener que ir casi que corriendo al baño.

Faltaban apenas dos días para mi examen de química, el último que me quedaba por superar y, por esa misma razón, el único para el que no había estudiado todavía. No sabía cómo me las había ingeniado para pasar cuatro meses sin tocar un libro, casi no había tomado apuntes y tampoco había prestado la suficiente atención como para recordar las clases de los profesores. Me sentía como si un autómatas con mi mismo físico me hubiera sustituido durante todo ese tiempo y yo hubiera retomado el control de mi existencia hacía solo unos días atrás, ya con las sogas de los exámenes al cuello. Tuve entonces que optimizar el tiempo al máximo y evitar cualquier distracción. De ahí que me encontrase en la biblioteca con unas ojeras propias de alguien que lleva varias noches acumuladas sin dormir.

En ese detalle me estaba fijando al mirar mi reflejo en el espejo del aseo cuando la luz del techo comenzó a tintinear hasta terminar por apagarse del todo. Me llevó un buen rato encontrar el interruptor ya que la luz que entraba por la ventana era más bien una sombra grisácea propia de tristes y oscuros días de invierno. Sin embargo, cuando por fin lo hallé de nada me sirvió, excepto para descubrir que, efectivamente, se había ido la electricidad en todo el edificio. No lo había creído así puesto que me parecía ilógico que no se hubiesen encendido las luces de emergencia. No obstante, repasé la escena proyectada por el espejo una última vez antes de salir con tranquilidad; un juego de luces y sombras donde mi silueta se confundía con la oscuridad tras mi espalda.

Una vez afuera o, más bien, dentro de la profunda negrura de la biblioteca, comencé a agudizar los oídos por si escuchaba a algún responsable del edificio dictando órdenes, pero no percibí ni el más leve murmullo, ni siquiera el más mínimo sonido.

-¿Hola?- Pregunté.

Nadie respondió.

-¿Hay alguien?- Volví a probar.

Traté de reírme de mí mismo por haber escogido aquellas dos preguntas como si la situación se tratase de una película de miedo, pero lo que salió de mí fue más bien una risa nerviosa. Digamos que nunca he sobresalido por mis cualidades heroicas. Sin embargo, aunque no sea la valentía mi rasgo más predominante, el sentido común siempre me ha llevado por buen camino, así que se me ocurrió que a falta de linterna lo mejor era usar el *flash* del móvil.

Me disponía a sacarlo del bolsillo de mi pantalón cuando un ruido metálico no muy lejos de donde me encontraba me sorprendió e hizo que se me cayera al suelo. Con el susto no tardé mucho en encontrarlo e intentar encender la lucecita, tarea que se había complicado enormemente ya que con la caída la pantalla se había vuelto negra. Maldije por lo bajo mientras trataba de arreglarlo sin muchos resultados. Decidí entonces que lo mejor sería salir de allí y una vez fuera aclarar lo sucedido; seguramente, mientras yo estaba en el lavabo habrían desalojado el edificio a la espera de que se arreglase el fallo eléctrico y no habrían notado mi presencia.

Con mucha dificultad y utilizando la pared como guía conseguí llegar a la entrada de la biblioteca o, mejor dicho, lo que hasta hacía nada era la entrada de la biblioteca. Alguien había cubierto la salida de una inmensa cantidad de libros, estanterías, sillas, mesas...; todo ello unido por una masa homogénea metálica con un brillo parecido al bronce.

El autor de semejante obra se había dejado un minúsculo hueco por el que se colaba la tenue luz proveniente del exterior y por el que, sin pensármelo dos veces, comencé a gritar como un loco.

- ¡Socorro, socorro! ¡Estoy aquí! – Nunca antes había estado tan desesperado. -
¡Socorro!- Seguía gritando, pero nadie respondía.

Grité toda tarde hasta quedarme afónico, ya sin luz del día a la que aferrarme como esperanza.

Entre la desesperación y el inminente llanto que veía venir, traté de ser racional una última vez:
<<Tal vez hayan cerrado el edificio para reformarlo y hayas entrado sin darte cuenta debido al

agotamiento de estos días, o precisamente debido a la fatiga estés teniendo alucinaciones, o...>>. Nada de estas opciones parecía convencerme, mas al menos me calmaba.

De repente, me fijé en un detalle en el que no había caído en cuenta durante todo ese tiempo y que dio un vuelco a la situación. Una preciosa linterna iluminada por la luz de la luna que se filtraba por el agujero se adivinaba encima del mostrador del puesto de información. Ni la silueta de la famosa Kim Kardashian podría haberme hecho tan feliz como la de la linterna en aquel momento. Cuando la encendí me sentí el hombre más dichoso del mundo.

A mi alrededor a excepción del desastre de la entrada todo parecía en orden, todo lo ordenada que puede estar una biblioteca sin luz y sin alumnos en su interior. Cuando apunté hacia el pasillo todo rastro de alegría se había disuelto, pues la imagen no era muy prometedora; la luz proyectada por la linterna apenas alumbraba a tres metros de distancia y el resto estaba cubierto por un oscuro manto negro que hacía que el pasillo pareciese infinito.

Casi al instante rechacé la idea de atravesarlo. En su lugar, aprovechando la ventaja que me proporcionaba la linterna, decidí bajar para descartar de un todo la lejana posibilidad de encontrarme con alguien.

Una vez abajo se confirmaron mis sospechas, no había rastro alguno de los simpáticos bibliotecarios que me atendían siempre que tenía problemas con la máquina de préstamos de la planta superior. La máquina había terminado en la masa que bloqueaba la puerta de la entrada, mientras que el paradero de los bibliotecarios era desconocido.

Desde donde me encontraba, la forma del techo daba la impresión de que la biblioteca fuese una cueva de murciélagos solo alumbrada por la iluminación de la calle que se colaba por las ventanas.

<< ¡Ventanas! ¿Cómo es que no se me había ocurrido antes?>>, pensé.

Me acerqué corriendo a la más cercana, con el corazón latiendo a mil por hora y el aliento temblando de inquietud.

<<Todo un día gritando por un agujero cuando podría haber venido aquí y...descubrir que podría habérmelos ahorrado>>.

Ni un alma había en el exterior. Si es que por no haber, no estaban ni los coches, tampoco parecía haber vida en la urbanización de enfrente. Nada, absolutamente nada que indicase presencia humana.

De pronto un fuerte golpe sobre el cristal me demostró que el exterior no estaba tan vacío como me creía. La escultura que presidía tan amigablemente la entrada a la biblioteca general leyendo un libro relajadamente golpeaba ahora el cristal con ojos rojos llenos de furia.

No me detuve a averiguar si el cristal aguantaría los lentos y repetitivos golpes de la estatua ni a preguntarle a esta si venía en son de paz. No, salí corriendo en dirección opuesta tan rápido como mis piernas me dejaron. Me paré en seco cuando al llegar a la otra esquina vi que la escultura de la chica recostada luchaba con algo que me pareció alquitrán para intentar ponerse en pie. De nuevo, no me quedé para hacer averiguaciones; y si antes corría rápido, ahora volaba para subir las escaleras tropezando con infinidad de estanterías a mi paso.

Cuando llegué a la primera planta, ya sin aire en los pulmones, me atreví a asomarme a la barandilla de la sala de lectura para intentar divisar a la estatua del muchacho que miraba despreocupadamente a los alumnos estudiar. Nada despreocupado me quedé cuando descubrí que no estaba allí. Sin razonar siquiera, subí por las nada discretas escaleras de la sala de lectura al segundo piso. Busqué refugio en vano, pues todas las puertas estaban cerradas. Mi única opción era mimetizarme, así que apagué la linterna y traté de respirar más tranquilamente para no hacer ruido. Cerré los ojos y podría decirse que abrí los oídos, atento al menor ruido. Por un breve instante me permití el lujo de creer mi propia mentira y confié en la seguridad de mi escondite.

La paz me duró poco, pues escuché las escaleras crujir como si algo muy pesado subiera a través de ella a toda velocidad. Presa del pánico me quedé inmóvil, incapaz de abrir los ojos. Fuese lo que fuese se acercaba a mí, supe entonces que ni el camuflaje de la oscuridad me protegería. De pronto ya no se oía nada, lo que provocó que un inmenso escalofrío se apoderase de mí. Definitivamente me había encontrado.

Abrí los ojos y encontré ante mí dos esferas incandescentes. Esta vez intenté escapar saltando hacia el primer piso, no me importaba romperme un tobillo con tal de sobrevivir; sin embargo,

en la caída fui apresado por mi cazador. Quedé colgando de la muñeca, el dolor era indescriptible, pues con la brusquedad de los movimientos me la había partido.

- ¡Únete a mí!- Gritaron al unísono mil voces graves que venían de todas direcciones y de ninguna.

El dolor de la muñeca se iba extendiendo por el resto del brazo sin razón aparente. Tuve que palparlo con mi otra mano para darme cuenta del porqué: me estaba convirtiendo en piedra.

- ¡Únete a mí! – Los gritos de las voces rompieron los cristales y una ráfaga de viento helado atravesó las entrañas del edificio.

El dolor se aproximaba a mi pecho y antes de que se apoderase de mi corazón quise mirar la estatua una última vez.

.....

Me desperté sudando con una punzada de dolor en el pecho. Nunca había tenido una pesadilla tan vívida y menos con tanto sentido, dentro de los que cabe, claro está. Me fue imposible volver a dormir, así que me pasé el resto de la noche tratando de tranquilizarme y dándole vueltas al sueño.

A la mañana siguiente, fui como cualquier otro día de mediados de cuatrimestre a la universidad. La diferencia no estaba en el día en sí, sino en mi actitud. Aquel sueño extravagante me había querido decir algo: tenía que luchar por no convertirme en una estatua, debía aprovechar el tiempo, sacar mi carrera adelante con la misma ilusión, si no más con la que me había matriculado. No solo mi carrera, sino cualquier reto que me propusiera de ahí en adelante.

El tiempo me dio la razón, inmóvil no se consigue nada pues la vida es un movimiento constante.